

## DIARIO LIBRE

RAÚL RIVERO



João Guimarães Rosa cumplió 100 años ayer bajo un lecho de césped de Río de Janeiro. Con él descansa el idioma que inventó para contar la desmesura del Sertón y la filosofía de sus hombres

## El 'guimarães-rosiano', un esperanto particular



diferente cada día y esa afluencia desbordante de palabras halló acomodo en las páginas de todos sus libros.

Su capacidad para aprender otras lenguas resulta insultante para una parte de la Humanidad. Hablaba portugués, alemán, francés, inglés, español, italiano, esperanto y un poco de ruso. Podía leer sueco, holandés, latín y griego. Entendía ciertos dialectos alemanes y tenía nociones de otros idiomas como el japonés y el sánscrito

Creo que esa literatura auxiliar, editada para aproximarse mejor a la obra de Guimarães Rosa, debe de haberle molestado mucho. Él era un defensor de la libertad absoluta del idioma, de los idiomas. Defendía el derecho de invención del escritor y estaba convencido de que los autores de los diccionarios y los manuales de gramáticas eran los principales enemigos de la poesía.

A esta celebración íntima del primer siglo de vida y muerte de João Guimarães Rosa invito a **Emir Rodríguez Monegal**, el crítico, que anda ya también con el escritor por otros *sertones* vaporosos que nadie ha descrito, para que lo recuerde con la mesura y la prudencia de vecino uruguayo.

Dice Rodríguez Monegal: «Por la magnitud de su empresa, por el nivel de creación verbal y mítica en el que se sitúa, por la sabiduría de su enfoque humanístico y la ironía sazónada de su visión narrativa, esta obra de Guimarães es una, sino la más, grande de las

rrogatorio más raro del mundo en su afán por conseguir su primer trabajo. Lo escribió todo, ya en los años 90, exiliada en Cádiz junto a su esposo, el poeta **Manuel Díaz Martínez**, que reside ahora solo en Canarias, después de la muerte de Ofelia en 1995.

Ella publicó en varias revista literarias sus recuerdos de la vida; quiero compartir con ustedes algunos fragmentos de aquella primera entrevista laboral.

Ofelia dice que su eventual jefe la esperó en un sitio desagradable donde había un horrible archivo de metal, una máquina de escribir norteamericana y unas sillas desvencijadas. Desde el fondo de ese escenario descorazonador, Ofelia recuerda: «Un hombre, que me pareció enorme, se incorporaba lentamente, con la majestad de un pope, y me saludaba inclinando la cabeza».

Después, su interrogador se sumergió en una charla de horas de la que salió dos o tres veces para preguntarle por sus preferencias, literarias, musicales y de artes plásticas.

De repente llegaron algunas preguntas sorprendentes. Ofelia recuerda: «Si era *gatófila* o *perrófila*, amante del mamey o de la piña. Le dije que pintaba, que dibujaba gatos, y esto parece que le agradó, pues él era evidentemente profelino. Me habló de Chagall, y ello le sirvió de puente para llegar a los gatos egipcios, sobre los que me dio una larga disertación que me pareció muy divertida».



El escritor brasileño João Guimarães Rosa, en 1961. / O GLOBO

## ▲ Martes Canto a la tierra infinita

Brasil es el país de la desmesura. No hay fronteras probables para la selva virgen que tiene todavía árboles, animales y tribus sin nombre ni perfiles. Y, por otra parte, los enormes territorios del Sertón sólo encuentran límites en los mapas trazados por cartógrafos insomnes y desesperados.

Es una geografía que disminuye al hombre y hace que los hijos de esas tierras —en su afán por emparejar las dimensiones de su patria— tengan fama de exagerados. Quizá por eso, según la leyenda popular, los brasileños que suelen ahogarse en el río Paraná se apiadan de ese mar de agua dulce a última hora y griten invariablemente: «Oh, pobre río Paraná, te estoy tragando».

En esa tradición de paisajes que se cierran donde se acaba el poder de la visión del hombre se inscribe la obra de **João Guimarães Rosa**, un gigante de la literatura que este mes ha cumplido 100 años en el rectángulo de una urna mínima bajo la hierba de Río de Janeiro.

Allí se murió en noviembre de 1967, lejos de Cordisburgo, su pueblo natal, en el estado

una existencia que lo llevó, desde una consulta de médico de provincias hasta el mundo vano de la diplomacia. Desde los brazos de su madre, **Chiquitica Rosa**, hasta un sillón de la Academia de la Lengua del Brasil.

Ese viaje se lo debió a su talento y a su trabajo. Se lo debió, como le debe ahora ciertas evocaciones convencionales por su centenario, a una novela, a un libro total que publicó bajo el título de *Gran Sertón: veredas*.

Guimarães Rosa convivió con los habitantes de esa región, conoció sus costumbres, su filosofía y, con todo eso, a través de un personaje, Riobaldo, contó la vida de los *sertanejos* en un libro de 600 páginas que cambió la historia de la literatura de ese país.

El escritor pensaba que el Sertón es tan grande que no tiene tamaño. «Es el terreno de la eternidad, de la soledad», dijo una vez. Para encerrar esa realidad y la vida de su gente, Guimarães Rosa inventó un idioma, creó palabras, lo enriqueció con vocablos pedidos a otras lenguas y reprodujo el habla popular.

El *Gran Sertón: veredas* ha generado decenas de libros que tratan de ayudar a comprender el universo que narra y a entender el singular lenguaje de su autor. Se han hecho

Guimarães es una, si no la más, grande de las creaciones de la literatura latinoamericana».

---

## Decenas de diccionarios se han escrito sobre el lenguaje del Sertón. Mala idea; ¿quién quiere poner puertas al campo?

---

## Debía de ser una entrevista de trabajo rutinaria. Pero le preguntaron: «¿Piña o mamey? ¿Gatófila o perrófila?»

---

## El raro patrón era Lezama Lima, un hombretón con voz de barítono, incomprensible a menudo y encantador siempre

---

Guimarães Rosa no puede defenderse del olvido que, según su otro vecino, **Jorge Luis Borges**, es una forma de venganza. Puede, eso sí, dejarse leer desde la paz, la soledad y la ceniza dispersa y sin color. Todo esto si es verdad, como él dijo en su libro, que el Diabolo no existe.

## ▲ Jueves El extraño jefe

**Ofelia Gronlier Lamar**, una joven habanera, inteligente, bonita y culta, sufrió a

Ella evoca una voz agradablemente cálida, *abarronada* y marcada por una respiración jadeante que le daba una extraña cadencia. «Mañana a las ocho, aquí, señorita. Mandaré traer un buró especial para usted», dijo el jefe mientras se ponía de pie.

«Cuando salí del palacio de Bellas Artes a la calle, era mediodía. La deslumbrante luz de Cuba me sacó del encantamiento de aquel casi monólogo tan desconcertante», escribió Ofelia bajo la luz de Cádiz.

Al otro día, el jefe la recibió con un traje color café con leche y con un poema improvisado que la dejó muda.

El buró especial que le había prometido era, según ella, «un horripilante artefacto» encajado en aquella especie de baño de vapor que servía de despacho al funcionario.

La joven estaba asustada. «Comenzaba a sudar a cántaros cuando sentí su voz: '¿Y qué tal de resonancias?'».

«¿Qué debo hacer?», le contesté.

«Tú no has venido aquí a trabajar, sino a cultivarte».

Los discípulos y admiradores de **José Lezama Lima** deberían tener en su biblioteca un libro con estas memorias de Ofelia Gronlier Lamar, la joven secretaria del poeta en sus años de empleado del Palacio de Bellas Artes. En esa oficina se inició un cariño que siguió después hasta el ámbito de la familia de Manolo y Ofelia.

Ella recuerda a Lezama Lima como ser humano, el extraño jefe y como el escritor que el mundo conocería mucho después: «Casi nunca entendía sus referencias ni sus asociaciones culturales —y esto divertía al muy maligno—, de modo que aprendí a seguirlo como se sigue a un mago por los más imprevisibles caminos. Su conversación lle-